

Atrapada en el olvido

By Zyanya

Publish by Zyanya at Smashwords

Copyright 2014 Zyanya

Edited by Vick G.

Cover design by Vick G.

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or by any information storage and retrieval system without express written permission from the author.

This book is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents are products of the author's imagination. Any resemblance to actual places, events, or persons, living or death, is purely coincidental.

To you Oralia with love

***** CAPITULO UNO *****

Una barca en el mar

Lunes 7:00pm. La pequeña embarcación se mecía estremecedoramente entre las olas furiosas del mar del Golfo. Era un navío de nueve metros y medio de longitud el cual se perdía por instantes entre el oleaje. El verano estaba en su pleno apogeo, mas una testaruda tormenta tropical errante proveniente del Atlántico abrazó la costa Este de México abrigándola con sus cálidos vientos en forma de acechantes remolinos.

El navío azul y blanco de nombre ESTRELLA OCEANICA peligraba con naufragar ya que a simple vista no existía tripulación que lo guiara. El viento del Sureste, aprovechando la situación, lo arrastraba a

diestra y siniestra sin compasión, y como uniéndose en conspiración con el océano, parecía que intentaban deshacerse de la flotante a toda costa. ¿Qué hacía un bote tan chico, completamente vacío, y a la deriva en ese clima tan austero? ¿Sería posible que el viento lo hubiera arrancado en contra de su voluntad de algún muelle o de un puerto cercano? ¿O sería que-?

No. De ninguna manera la nave estaba abandonada. Una mirada más cercana y concienzuda revelaba el cuerpo de un ser viviente. ¿Viviente? La figura humana yacía de bruces en el suelo cubierta con un extraño impermeable de color blanco con capuchón cerrado, con una ventanilla al frente parecida a la de una escafandra. Si alguien quisiera identificar a la persona o víctima, tendría que quitarle esa vestidura blanca. El cuerpo estaba inerte y su único movimiento, era el producido por las olas furiosas de ese mar picado.

El DEEP BLUE FILO procedente de Port Arthur, Texas, USA. Viajaba por la costa Este del Golfo. Era un navío de 45 metros de longitud. Su misión era investigar la vida marina del lado del Atlántico, donde recopilaban muestras para luego ser examinadas en el laboratorio dentro del buque, aunque algunas de ellas paraban en el lugar de procedencia de los investigadores marinos.

Ya en aguas mexicanas, el buque de color naranja y blanco avanzaba a 17 nudos marinos pasando cerca de la costa del puerto de Veracruz, México, con dirección al Sur.

Uno de los marinos dentro del puente de mando, auxiliado con unos potentes catalejos, esforzando su vista entre la lluvia, se percató del barco azul y blanco y de inmediato hizo sonar la alarma de alerta.

Rápidamente los oficiales hicieron que el buque disminuyera la velocidad, y al instante hicieron sonar reciamente el poderoso silbato, con el fin de prevenir a la tripulación de la otra embarcación de una posible y mortal colisión, ya que se encontraba exactamente en la ruta del Barco de investigación.

“¡Capitán!” Dijo con fuerza y en inglés el marino que observaba a través de los catalejos. “¡No hay nadie al timón de aquel navío, señor!” Informó el de los binoculares.

El capitán Stevens era un hombre de unos cincuenta y tantos años de edad, de barba canosa, de complexión robusta, y de lentes redondos a la antigua, con aros dorados. Vestía un uniforme completamente en blanco, incluyendo la gorra, la cual retiró de su cabeza. Pensó unos minutos, y confiando en su marino dio la orden. “Desvíen el curso tres grados a babor, Bajen la velocidad, y aproxímense a la barca con precaución,” dijo en inglés el capitán, y los marineros obedecieron de inmediato.

Las ordenes del oficial mayor fueron seguidas a la perfección, como ensayadas para una obra de teatro. En ocho minutos, el DEEP BLUE FILO se encontraba detenido a treinta metros del ESTRELLA OCEANICA.

Lo más pronto posible se armó una pequeña expedición que consistió en cuatro valientes marineros, quienes, luego de impermeabilizarse, se treparon en un bote salvavidas inflable y de inmediato se dirigieron hacia el barco a la deriva, entre las olas bravas, que al parecer, aunque la tempestad no menguaba, ellas bajaron de intensidad.

Cuando el grupo de rescate llegó a la barca azul y blanco, la tarde había declinado oscureciendo el día frente a ellos. Los cuatro varones estaban equipados con linternas, una pistola de bengala, y radios marinos portables, para facilitarles su trabajo de rescate. Se les habían dado órdenes específicas de comunicarse en todo momento con el buque. Los cuatro marinos se sintieron importantes en esa misión que estaban por realizar. Sin embargo, ocultaron sus verdaderos sentimientos de temor, zozobra, y suspenso. Sabían que necesitaban conducir su navío con sumo cuidado en el mar abierto con rumbo a lo desconocido.

Al llegar, los marineros rodearon el barco errante revisando todo el contorno por si existían otros sobrevivientes o víctimas. Esas, en ocasiones, eran aguas hostiles, y se sabía de embarcaciones que eran atacadas por piratas. Sí, aún existen esos famosos malhechores que despojan de sus pertenencias a los tripulantes de otros navíos. Esos amantes de lo ajeno, que atacan en su mayoría a barcos vulnerables, lujosos como yates, y cargueros pequeños. Sí, unos piratas del Caribe modernos quienes mantienen vivo ese antiguo y malévolos legado.

“Todo en orden, capitán,” informó el líder de los rescatistas por la radio.

Desde el buque, el grupo de rescatistas era vigilado a través de poderosos binoculares de visión nocturna.

“Bien,” contestó el capitán Stevens con voz serena, lenta, y profunda. “Procedan a abordar. Tomen toda precaución posible.”

Otro de los rescatistas, de nombre Leonard Cole, habló hacia la barca azul y blanco usando un megáfono. “Hello! Is there somebody in the boat? This is Deep Blue Filo rescue crew, please acknowledge.” Enseguida lo dijo en español. “¡Hola! ¿Hay alguien en el barco? Somos el grupo de rescate del Deep Blue Filo. Por favor responde.”

Hubo silencio. El estallido de un relámpago iluminó fotográficamente el área estremeciendo a los cuatro muchachos estadounidenses.

Otro rescatista lanzó una cuerda con un gancho atado al extremo hacia la barca azul y blanco mientras que otros dos apuntaron sus linternas en esa dirección. La noche mezclada con la lluvia hacían el lúgubre escenario aún más tétrico. Finalmente las dos flotantes quedaron atadas y tres de los marinos abordaron el ESTRELLA OCEANICA. El otro permaneció en la inflable listo con su radio y bengala, como medida de precaución.

Los tres caminaron en línea por la proa, ya que fue por donde ambas embarcaciones quedaron vinculadas. El líder alzó hacia el timón observando a través del cristal. Su corazón comenzó a palpar aceleradamente y su cuerpo se negó a responder a sus mandatos. Incluso, ni siquiera pudo tomar la radio para llamar. Se quedó fijo como estatua al observar entre la lluvia tres perforaciones en el cristal frontal, pues de inmediato supuso que habían sido hechas por balas.

“¿Qué pasa Billy?” El hombre tras el líder habló con voz queda, apenas sobrepasando el ruido del clima. En ese instante, la luz de otro estremecedor relámpago le dio la respuesta, y de inmediato llamó por su radio. “¡Capitán, capitán!”

“Adelante.”

“Tenemos una situación aquí, señor,” informó el marinero con nerviosismo.

“¿De qué se trata?”

“Nos encontramos en la proa, y aparentemente el puente de mando está abandonado, señor.”

“Eso ya lo sabemos... ¿Cuál es la situación?” Demandó Stevens.

“Hay tres impactos de bala en el cristal frontal, señor,” informó el subalterno.

El capitán pensó por unos instantes. “Lo más seguro es que los que tripulaban esa embarcación se hayan convertido en víctimas de piratas. Uno quédese en proa, y los otros dos busquen dentro del navío.”

Esa fue una orden que el líder dudó en obedecer ya que el miedo se había apoderado de él, mas la voz tras su espalda alivió su carga.

“Billy. Tú quédate aquí. Jim y yo iremos,” dijo Leonard con voz tranquila.

Finalmente Billy viró su cuerpo hacia sus compañeros. “De acuerdo. No olviden reportar,” manejó decir el temeroso líder.

“Tú serás el primero en saberlo, compañero,” rió Leonard.

Aferrándose al pasamano de aluminio para no caerse, ya que aún había movimiento provocado por las olas, Leonard y Jim se dirigieron hacia popa. Leonard era el más osado y no sentía tanto temor como los otros dos. Por el contrario, para él era una emocionante misión de rescate, una actividad para desviarlos de sus duras faenas diarias en el buque de investigación. Además, ¿Quién podría ocultarse en un barco tan pequeño? ¿Cuántos podrían haber dentro del diminuto camarote bajo proa... tres, cuatro? Más que una situación hostil, para Leonard se trataba de víctimas esperando ser ayudadas por ellos, si es que aun había alguien, y ese alguien estaba con vida.

Jim pensó un tanto diferente y mantuvo su cuerpo cubierto con el de su compañero al frente, por eso de las re cochinas dudas.

La noche cayó en su total apogeo sobre el mar del Atlántico y la lluvia no cedió en lo más mínimo. La luz de las lámparas de los dos en popa comenzó a iluminar por todos lados, empezando por los asientos traseros.

“¡Leo!” Susurró con fuerza Jim. “¿Qué es eso?” Preguntó él apuntando con la luz de su lámpara hacia un bulto blanco tirado en medio de la entrada al camarote.

Leonard reaccionó apresurándose ágilmente rumbo al bulto pensando que se trataba de un ser humano. Afortunadamente tuvo razón. La mitad del cuerpo en el suelo se encontraba de bruces sobre los dos escalones hacia adentro del camarote, solo de la cintura hacia los pies yacía sobre la alfombra exterior de cubierta. Por lo menos, el techo los cubriría de la lluvia.

“¡Filo! Aquí el grupo de rescate,” llamó Jim sin siquiera estar seguro de lo que se trataba. La verdad era que estaba nervioso. ¿O tal vez temeroso?

“Adelante,” respondieron desde el barco.

“Encontramos algo... o a alguien... en el suelo,” balbuceó Jim.

“¿De qué se trata?”

Jim se dirigió a su compañero. “¿Qué es Leo?”

“Ven, dame una mano,” dijo Leonard adelantándose hacia el bulto blanco.

“Filo... voy a ayudar... denme un minuto... cambio.”

“De acuerdo. Reporten enseguida.”

Jim llegó hasta donde se encontraba su compañero.

“Introdúctete en el camarote para que entre los dos levantemos a la víctima,” instruyó Leonard.

Jim se quedó inmóvil, como esfinge, observando la puerta de madera abrirse y cerrarse con el movimiento del navío, golpeando a la persona cubierta en una especie de impermeable blanco, que para colmo y su mala suerte, el estruendo de un relámpago lo estremeció de pies a cabeza haciéndolo ver figuras dentro del camarote con la luz relampagueante.

Al ver que su compatriota no se movía, pero sí daba signos vívidos de temor, el marinero osado, con espíritu aventurero, dijo. “Está bien, Jim. Tú quédate aquí. Yo voy adentro.”

Jim logró asentir endeblemente con la cabeza.

Leonard asomó lentamente la testa y con su lámpara sondeó el espacio. Había una cama con indicios de no haberse usado por varios días. Todo lo contrario fue al observar la cocineta a la derecha. Era como si hubiese habido una gran pelea entre caninos y mininos. Platos, vasos, y artículos para cocinar estaban esparcidos por la barra, el fregadero, y el suelo. De cualquier manera, no importaba lo que hubiese ocurrido ahí adentro. En ese instante solo se encontraban tres personas con vida y él se alegró de ser una de ellas.

Sin pensarlo más, Leonard se escurrió hacia el interior, y cuando se disponía a tomar a la persona de blanco por las axilas, se escuchó el grito de su compañero. “¡Leo!” Con tal fuerza, que Cole dejó su labor de rescate convirtiéndose en una carrera por su vida, saliendo de inmediato del camarote de solo dos zancadas.

“¿Qué pasa, Jim! ¿Por qué me asustas de esa manera?”

Jim alzó hacia los asientos de enfrente. Obviamente habían olvidado revisarlos. Habían manchas de lo que dedujeron era sangre en diferentes patrones. Tanto los asientos como la alfombra estaban manchados.

“Mejor aquí corrió que aquí quedó,” dijo Leonard introduciéndose de nuevo al camarote.

“¡Hey! Pensé que ya nos íbamos,” especuló Jim.

Leonard lo miro a los ojos desde adentro. “Vamos. Démonos prisa con este asunto,” y al decir eso, introdujo sus manos abrazando el cuerpo por el pecho. “¡Oh, oh!” El hombre dentro del camarote se quedó estático.

“¿Listo?” Preguntó Jim agachándose, tomando relucientemente el cuerpo por las piernas.

“¡Es una dama!” declaró Leonard con asombro, y voz afligida.

“¿Qué?” Dijo Jim soltando las piernas e irguiendo su cuerpo. “¿Co... como sabes?”

“Mis manos, se... solo sé que es una mujer. Vamos, andando.” Leonard no quiso dar explicaciones, o tal vez no pudo hacerlo.

Los rescatistas tomaron el cuerpo y lo llevaron a proa arrastrándola con mucho cuidado. Tarea que resultó algo difícil ya que el movimiento del navío se interpuso en su camino, pero con la experiencia de navegar en diferentes tipos de climas y mares pudieron completar su misión.

Ahí se encontraron con Billy, su supuesto líder de rescate. Depositaron a la persona de blanco en el suelo rodándola para que quedara sobre su espalda.

“¿Qué pasa, muchachos?” Preguntó con nerviosismo Billy.

Sin decir palabra alguna, Leonard acercó su rostro a la ventanilla en el capote, o capuchón que cubría el rostro de la víctima. A los lados tenía un respirador con filtros también de color blanco. Limpió el cristal con los dedos de su mano, y ante su vista se desplegó la belleza de una mujer que aparentaba estar dormida. “Es... es muy hermosa,” declaró Leonard con voz suspicaz.

“No estamos para romances, Leo. Debemos irnos de aquí cuanto antes,” urgió Jim.

“Filo.” Llamó por la radio Billy.

“Adelante.”

Encontramos una víctima. La tenemos con nosotros en proa, es una mujer. Nos preparamos para transportarla.”

“Entendido. Los esperamos. Cambio y fuera.”

Leonard tomó a la dama por los hombros levantándola levemente percatándose de la mancha de sangre que se formó bajo ella. “¿Pero...? ¿Qué demonios?” Renegó con asombro él.

Entre los tres revisaron el cuerpo de la chica intentando encontrar la herida. Sin embargo, finalmente descubrieron que se trataba de sangre embarrada en el traje blanco que al contacto con el agua de la lluvia pintó de rojo la superficie de proa.

*** CAPITULO DOS ***

Los rescatistas

Veinte minutos más tarde, la inflable estaba siendo atada al barco de investigación naranja y blanco. Más personal de la tripulación se acercó y ayudó en la tarea de rescate. Tenían mucha curiosidad en descubrir de quien se trataba, es decir, la víctima.

El cuerpo de la mujer fue puesto en una camilla y rápidamente fue trasladada hacia la enfermería. Enseguida, los cuatro que formaban el equipo de rescate abandonaron la pequeña balsa salvavidas refugiándose de la lluvia bajo un techo saliente.

Entonces el capitán caminó hacia el grupo bajo el techo. “Señores,” dijo el hombre de edad con voz profunda. “Les estoy muy agradecido por la labor bien desempeñada. Fue un acto de mucha valentía, pese a no ser expertos en materia de rescate.”

Los cuatro respondieron levemente con movimientos afirmativos de sus cabezas. Sus rostros, a pesar de estar ensopados, mostraban complacencia, alegría, y alivio al saberse sanos y salvos. Leonard se excusó del capitán y de prisa se dirigió a la enfermería.

“¿Qué sucede con Cole?” Preguntó el capitán Stevens dirigiendo su vista al marinero que se retiraba.

“Creo que se ha enamorado,” respondió Jim juguetonamente.

El mandamás hizo un gesto incongruente levantando una ceja, al escuchar el comentario.

A través de la ventanita en la puerta de metal, Leonard Cole se asomó. Enseguida se retiró el impermeable y tocó, más abrió la puerta sin esperar respuesta.

“Hola Leo. ¿Qué sucede?” Dijo el doctor Trevers al observar al recién llegado recargar la espalda contra la pared dando respiraciones lentas y profundas. “¿Te sientes bien?”

Leonard despegó su espalda de la fría pared de metal aproximándose a la cama de hospital solo asintiendo levemente con su cabeza.

Ya sin el traje blanco con capuchón, la dama lucía bastante diferente. Lo que se desplegaba sobre la cama... era pura belleza. Su cabello lacio, largo, barnizado de negro como el carbón, y con rayitos dorados, se extendía descansando sobre el lecho. Su rostro era algo espectacular, con bellas líneas trianguladas de la oreja hacia la barbilla y deslizándose hacia la otra oreja. Una nariz aguzada, fina, y perfecta, dividía un par de ojos grandes bajo unas cejas delineadas, delgadas, y bien depiladas.

Su boca era de una hechura exquisita, con unos labios sensuales y de contornos sublimes. Verdaderamente era difícil pasar por alto detalle alguno de esa magistral hermosura.

Vestía una blusa sin mangas con un escote que se extendía hasta la línea central de sus pechos. Unos pechos que se dibujaban en el amarillo de la blusa bien ajustada. Unos pechos tan bien formados como hechos por manos artesanas de antaño, con delicadeza, dedicación, y firmeza.

La Blusa estaba amarrada en sus extremidades inferiores a la altura del vientre, mostrando así, su piel firme, sedosa, y morena clara, como chocolate con leche.

El pantalón corto de color caqui desgastado que vestía, era de hechura especial usado en campismo o alpinismo. Tenía seis bolsas para organizar todo lo necesario para sobrevivir y defenderse estando fuera de casa.

La belleza de sus largas piernas era indescriptible para el ser humano, como si seres de otros mundos más avanzados hubiesen venido a la tierra exclusivamente a diseñárselas y luego formárselas.

El doctor le había retirado los botines a la chica. Unos botines resistentes, cómodos, y de buena calidad, exponiendo sus perfectos y arqueados pies sin señal de callo alguno en ellos.

“¿Es... está viva... doc?” Preguntó con nerviosismo Leonard.

“Fíjate en el pecho. Se mueve muy apenas, y eso significa que está respirando.”

“¿Entonces... qué le sucedió, doc?”

“A simple vista, solo puedo diagnosticar que el golpe en la sien hizo que ella perdiera el sentido. Aunque también pudo haber sido una impresión muy fuerte recibida. No lo sé. A lo mejor fue una combinación de las dos cosas,” declaró Trevers.

¿Cómo fue posible que Leonard no se hubiese fijado en el lado derecho de la frente de ella? Estaba hinchada, y había una pequeña cortada la cual obviamente ya había sido atendida. Él la miró detenidamente y preguntó sin quitar su vista del rostro de ella. “¿Se va a poner bien?” Había preocupación en la voz del hombre más joven.

“A juzgar por tu inquietud, diría que tienes mucho interés en la chica, Leo,” deliberó el doctor.

“¿Había visto algo tan bello, doc?”

“En eso tienes razón. Es muy bella... y muy mexicana,” dijo el hombre de edad.

“¿Sabía, doc... que tengo sangre latina?”

“No lo habías comentado, Leo, pero puedo imaginarlo. Tienes ciertos rasgos mestizos.”

“Mi madre es de los Estados Unidos, pero mi padre es emigrado de la sierra de Chihuahua.”

“¿De verdad?” Dijo Trevers continuando su tarea de revisar a su paciente.

“¡Claro! Por eso mi apellido es Gutiérrez,” anunció el más joven.

“Yo pensaba que te apellidabas Cole.”

“Bueno. La verdad es que no tuve una muy buena relación con mi padre cuando nos abandonó por otra mujer, y decidí alejarme de él. Me dio vergüenza su comportamiento. Es por eso que uso el apellido de mi madre,” explicó Leonard Gutiérrez Cole.

“Si. Tiene sentido, Leo, y... lo siento mucho,” ofreció Trevers volteándolo a ver.

“No importa. Sucedió hace muchos años que ya ni me acordaba. Era tan solo un jovencito. Hay cosas que a veces uno no se explica en cuanto al comportamiento de los padres.”

“A todo esto, Leo. ¿Qué edad tienes? Digo si es que no te da pena como a las mujeres expresar los años de su existencia.”

“Por supuesto que no, doc. Estoy disfrutando de mis treinta primaveras. ¿Por qué?”

“Bueno... ella parece de veinticinco.”

“La pareja perfecta. Lo sabía,” dijo con garbo Cole.

“Leo,” dijo Trevers cambiando su tono a uno de más seriedad. “Siento interrumpir tu romance pero tengo mucho que hacer.”

“Lo siento, doc. Volveré más tarde a ver como sigue mi paciente... digo, su paciente.”

“No te preocupes. Te tendré un reporte por escrito de los detalles del progreso de tu princesa,” rió el doctor dándole una palmaditas en el hombro a Leonard encaminándolo hacia la puerta.

Una hora después, la puerta de la enfermería de nuevo se abrió y Leonard Gutiérrez Cole entró por ella. En esa oportunidad no se asomó por la ventanilla antes de entrar llevándose una gran sorpresa. El capitán Stevens y el doctor Trevers dejaron de hablar dirigiendo sus miradas hacia la entrada.

Gutiérrez se quedó como esfinge. “¡Ups! Lo siento, capitán. No pensé que-”

“No se preocupe, señor Cole,” dijo el capitán cortándolo. “Hablabamos de la condición de la chica.”

Cole volteó hacia la cama sobre los hombros de los dos hombres frente a él. La dama se encontraba cubierta con una cobija de algodón. Una manguera transparente y delgada se extendía de una bolsa colgada arriba de un tubo para guía de suero hasta el brazo de la mujer. “¿Cómo... cómo está la hermo- la paciente? ¿Descubrieron algo más de ella?”

“Por desgracia,” comenzó diciendo el hombre a cargo del navío. “No sabemos mucho. No existe nada que la identifique. De hecho, no se encontró pertenencia alguna en ella. Solo obtuvimos este trozo de tela de lo que parece ser un logo de alguna empresa o compañía.” Stevens le mostró a Leonard el retazo de tejido blanco con letras parcialmente visibles. “Lo obtuvimos del uniforme de laboratorio que ella vestía.”

Gutiérrez elevó las cejas y tomando el trozo en sus manos dijo con sorpresa. “¿Laboratorio? ¿Cómo... bióloga, o científica?”

“Eso es lo que parece, Leo,” irrumpió el doctor. “Ahora, el estado de la dama es incierto. Sufrió un fuerte golpe en el temporal y sus signos vitales son fluctuantes.”

“¿Qué significa eso, doc?”

“Bueno. La vida de ella no creo que peligre... al menos por ahora.”

“¿Qué hay de los impactos de bala que vimos en el cristal? ¿Cree que pudieron haberla golpeado con la cachapa de una pistola al tratarla de asaltar?”

“Tal vez, Leo. Lo bueno es que no presenta herida de bala. Con referente al golpe... a mi parecer fue hecho con un objeto duro. Sin embargo... no parece haber sido de fierro,” explicó el doctor.

El capitán asintió con la cabeza y dijo. “Bueno caballeros. Me retiro. Tengo que ir al puente de mando. Estamos llegando al puerto de Veracruz.”

“Disculpe, capitán pero... ¿Qué va a pasar con ella?” Dijo con alarma Leonard.

“No se preocupe, señor Cole. Hemos llamado a las autoridades mexicanas y una ambulancia estará esperando en el puerto para transportarla a un hospital. La guardia costera de México se hará cargo de la embarcación donde encontramos a la dama para buscar evidencias. ¡Ah! Y hablando de evidencias, no se le olvide darle ese trozo de tela al doctor para que lo coloque con el traje blanco.”

Una vez más, Leonard observó el pedazo blanco en su mano frotándolo con el dedo pulgar. Había cuatro letras, pero solo la segunda y la última eran las únicas legibles. “-A-E,” leyó Gutiérrez entre dientes y enseguida le devolvió lentamente el trozo del logo al doctor.

*** CAPITULO TRES ***

Aurelio Magaña

Miércoles. Veracruz, Veracruz. 8:00pm. Aurelio Magaña, del departamento de la Policía Federal de Veracruz, especializado en operaciones de encubierto, manejaba su Ford Granada 1982 negro por las calles de una colonia al Oeste de la ciudad acompañado por Rolando Fieso, un hombre de media altura, de complejión mediana, y de edad media. Todo un personaje medio. Lo caracterizaba su piel morena, su carácter fuerte, y una cicatriz en el cachete derecho.

En contraste, Aurelio era delgado, pero fortachón. Con ojos de color café claro, con la piel clara de un tono amarillento, y de carácter serio pero a la vez juguetón cuando la ocasión se lo permitía. Además, su estatura era de 1.80, y tenía la barba partida, lo que atraía mujeres como miel a las abejas de un panal.

La noche era quieta y despejada, donde se dejaba escuchar el estridar de los grillos por doquier y el ladrido lejano de los perros. La tormenta del lunes pasado había sucumbido de igual manera que había llegado, solo dejando estragos en su camino, que por suerte no fueron de consecuencias mayores.

Esa colonia estaba marcada como zona de tráfico por la policía por el vasto flujo de drogas que ahí se distribuían, y a pesar de los grandes esfuerzos por combatirla, aún no habían podido controlar el lugar. No se podían dar abasto. Atrapaban a uno, y enseguida otro lo reemplazaba. Por eso, la misión de los compañeros federales encubiertos era la de atrapar a los cabecillas.

La pareja dentro del Granada venía disimuladamente arropada. El chofer vestía una chamarra de mezclilla, camiseta blanca de manga corta, pantalón de mezclilla gastado y roto de las rodillas, una gorra negra de algodón a las orejas, y unos guantes de cuero negros, sin dedos.

Por su parte, el copiloto estaba ataviado con una chamarra de segunda mano de lana de color café oscuro, un pantalón de pana verde descolorido, una gorra similar a la de su compañero pero de color café para ir de acuerdo con la chamarra, y una camisa de franela a cuadros verde y mostaza. Todo eso con el fin de aparentar ser personas en busca de droga.

En la siguiente esquina a la derecha, bajo la endeble luz de un bombillo pendiente de un par de cables arriba de un poste, se encontraba un grupo de cinco personas de aspecto dudoso. Ellos aparentaban adueñarse del lugar y ser el único grupo organizado del sitio.

El auto se aproximó con lentitud ante la mirada precaria del quinteto. Los del auto también tenían lo suyo ya que aparentaban ser dueños de las calles por donde transitaban.

El cristal del lado del pasajero se bajó. Los muchachos dejaron de hablar entre ellos de súbito. Fue tanto el silencio que prevaleció en esos momentos, que solo el motor eléctrico de la ventana al bajarse se escuchó en el ambiente. Los del grupo bajo el farol pusieron plena atención hacia el auto negro que llegaba.

“¡Hey! Compa, ven,” llamó Rolando Fieso, más no hubo respuesta. Por el contrario, las miradas del grupo estaban llenas de desconfianza. “Mi compa y yo buscamos ‘jale’... un buen ‘pase,’” insistió el copiloto.

De los reunidos se desprendió uno chaparrito bastante moreno aproximándose al auto negro con cautela extrema. Luego de examinar visualmente al interior del vehículo por unos segundos en completo silencio que parecieron una eternidad, el moreno habló. “Quiuvo, Bro ¿Qué clase de grapa buscan?”

“Coca y piedra. De lo mejor.”

El recién llegado volteó hacia los lados como con mucha duda. “¿La quieren para atizarle? Yo solo tengo coca,” dijo con voz nerviosa y grave, como si él hubiese estado consumiendo su mismo producto en ese instante.

“Sin ofender, pero buscamos cantidad, compa,” continuó diciendo Fieso.

“Miren batos, entonces necesitan hablar con Niko, el Águila.”

Magaña reconoció el apodo de inmediato. No creyó que ese fuera su día de suerte, y agachándose un poco para que su vista se encontrara con el vendedor de anfetaminas ilegales, irrumpió diciendo. “¿Dónde lo podemos ver?... ¿Al Águila?”

“Verán. Él solo habla conmigo, loco. Si quieren lo mejor... yo tendré que ser la conexión entre ustedes y él.”

O tal vez no era día de suerte para el hombre al volante. “Mira, compa, cortemos esta mamada. Si el Águila desea uno de los mejores platos, tendrá que hacerlo personalmente. Hay muchos como él, así que no vamos a perder nuestro tiempo en este lugar. Vámonos Venado, aquí no saben—.”

“¿Venado? ¿En verdad... tú eres El Venado?” Interrumpió el chaparro.

Aurelio Magaña supo que eso iba a llamar la atención del vendedor de drogas.

Rolando volteó a ver a su compañero levantando las cejas en total sorpresa, más luego se viró hacia el hombrecito afuera. “Así como lo oíste, bato. El mismito en persona.” La voz de Fieso era como de barreada.

“Un momentito, no se vayan. ¿Cuánto piensan invertir?”

El del lado del pasajero pensó un instante. “Eso es entre el Águila y el Venado.”

El moreno se retiró del auto, sacó del bolsillo de su pantalón un teléfono celular y llamó, dándole la espalda a los policías.

Dentro del vehículo, Rolando se volvió disimuladamente hacia su compañero. “¿Quién es el Venado, Aure? Casi me haces echar esto a perder.”

“Lo hiciste bien, Ando, no te preocupes. Todo está controlado,” rió Magaña apretando el hombro de su compañero. “El Venado es muy conocido por las grandes cantidades de ‘jale’ que maneja.”

“¿Y qué tal si se dan cuenta de que soy un impostor?” Refunfuñó Fieso.

“Al Venado no lo conocen muchos porque todo lo hace utilizando terceras personas.”

“¿Y ahora? ¿Qué me dio por hacer transacciones personalmente? Creo que eso los va a hacer dudar.”

“Descuida. El Venado estuvo en la prisión en el estado de Chiapas donde lo atraparon. Ahora que estás libre, perdiste tus contactos y estás desesperado por obtener un buen cargamento de ‘grapa.’ Solo síguelos la corriente compañero.”

“Pero si me—.” Rolando Fieso tuvo que interrumpir lo que iba a decir porque el moreno estaba de vuelta.

“Todo está arreglado, bro, síganme. Águila los está esperando.”

Los federales se bajaron del auto y comenzaron a seguir al chaparro hacia un edificio de tres pisos en la siguiente esquina. Los ladrillos se podían ver en algunas partes de la fachada, lo que daba la apariencia de descuido y de estar abandonado.

Aurelio se detuvo al estar a la par de los cuatro individuos restantes bajo el farol. Volteó su mirada hacia ellos y luego hacia el Ford Granada. “¿Podemos confiarles nuestro auto a tus primos?” El de la barba partida habló con sarcasmo y luego agregó. “Es un clásico.”

El moreno se detuvo y le ofreció una mirada angosta. “Tu ranfla está en buenas manos, bato,” y enseguida continuó caminando.

“Ranfla,” dijo Rolando entre dientes siguiendo detrás al guía de corta estatura.

El trío se encontraba en el segundo piso del edificio abandonado en una habitación de buen tamaño. Las bisagras rechinaron audiblemente al abrirse la puerta. Donde se encontraban pareció ser una antesala arreglada de tal manera que tenía un aire como de una enorme oficina. Bastante mal organizada, pero al fin, una oficina.

Un escritorio de madera gastada estaba estacionado en el centro del lugar con dos archiveros, uno a cada lado, y dos sillones de tela todo polvosos constituían el inmobiliario del cubículo.

“Esperen aquí.” El moreno señaló hacia uno de los sillones y luego se retiró por un pasillo que al parecer conducía a otras alcobas.

Rolando se dejó caer en el sillón y de inmediato se levantó una nube de polvo a su derredor.

“Siéntate, compañero,” susurró Fieso golpeando con su palma al lado de él, alborotando aún más el polvo.

“No quiero arruinar mi ‘smoking’. Además, no me llames compañero, compañero,” susurró el otro.

“Entendido y anotado, compañero.”

Segundos más tarde, dos hombres entraron al recinto. Cada uno portaba un rifle de asalto AR-15.

La reacción de Fieso fue la de incorporarse lentamente, estaba nervioso y atemorizado, pero trató de controlarse para no ser notado.

El más alto de los hombres con rifle se aproximó al dúo ordenándoles voltearse contra la pared, abrir sus piernas, y extender los brazos, recargándolos en la pared arriba de sus cabezas. El otro individuo, quien era de corpulencia robusta, mantuvo su rifle entrenado hacia ellos.

Los federales obedecieron y el alto los esculcó escrupulosamente ante el gesto de incertidumbre del oficial Fieso. Una vez que los criminales estuvieron satisfechos de que los invitados no tuvieran en su poder arma alguna, llamaron por una radio a su líder.

El hombre conocido como El Águila apareció en escena. Su complexión era extra delgada y no era tan alto como Rolando se lo había imaginado. Usaba su melena larga y alborotada hacia arriba sosteniéndola con una cinta parecida a la de un zapato. Tal vez de ahí provenía el seudónimo de Águila, pensó el policía de piel morena, aunque más bien parecía una fuente con chorros incongruentes. Además, el líder criminal usaba una cinta azul alrededor de su cabeza pasándole por la frente. Vestía un pantalón

con tirantes y no usaba camisa, mostrando su esquelética figura. De esa manera mostraba un tatuaje de la cabeza de un águila estampada en su pecho. Entonces Fieso cambió de opinión en cuanto al origen del apodo del criminal.

Niko, o El Águila, moviéndose en silencio, tomó su lugar tras el escritorio de madera gastada. La silla giratoria donde se sentó hizo un rechinido áspero que los policías pensaron que se iba a romper. Entonces ellos tomaron asiento en el sillón polvoriento.

Recargándose en la giratoria, el criminal observó fijamente a sus invitados obsequiándoles una mirada estudiosa. “¿Quién de ustedes es el famoso Venado?” La voz del hombre tras el escritorio fue lenta, chillona, y llena de desconfianza.

Aurelio señaló hacia su derecha al tiempo que Rolando levantó su mano en escuadra extendiendo el índice.

“El mismo que responde,” dijo Fieso fingiendo una voz jaripea y muy ranchera.

Lentamente el Águila asintió con la cabeza moviendo toda esa melena. “Nunca tuve la oportunidad de conocerte en persona, pero conozco muy bien tu trabajo.”

“Señor Águila,” intervino Magaña. “Disculpe la intromisión pero hemos manejado por las últimas cuatro horas seguidas y no tuve tiempo de... desaguar. ¿Podría usar su baño? Seré rápido, se lo prometo. Así ustedes pueden terminar de conocerse.”

Su compañero lo miró con desconcierto, temor, y ganas de golpearlo, pero se contuvo.

El hombre en la giratoria volteó hacia el pasillo donde el chaparro moreno venía llegando. “Kilo. Acompaña a nuestro invitado al cuarto de aseo para que pueda satisfacer sus necesidades. Vigílalo,” ordenó el líder tratando de mostrar cultura en su hablar, pero el polizone no se lo tragó.

Magaña depositó la mochila en el suelo junto a su compañero, y enseguida siguió al moreno retirándose del lugar.

El hombre con el tatuaje de águila los vio retirarse y enseguida se volvió hacia el supuesto Venado y habló. “¿Sabes, Venado? ¿Te puedo hablar de tú, no es así, amigo?”

El federal asintió con la cabeza. “Por supuesto que sí, amigo.”

“Me extraña que hayas querido hacer esta transacción en persona,” continuó diciendo el Águila. “¿Alguna razón en especial?”

Rolando tragó saliva. “Acabo de salir de prisión de... donde me encontraba y perdí muchos de mis contactos.”

“Entiendo... ¿Y cuanto vas a querer esta vez, Venado?”

“Si tienes veinte... me los llevo todos.”

“Creo poder acoplarme a tu necesidad,” dijo el líder incorporándose de la ruidosa silla. “¿Y... cuando saliste de prisión?”

El policía sintió como la sangre le corrió a velocidad por sus venas y su corazón bombeó estrepitosamente. “Hace... dos días.”

El Águila caminó hacia el pasillo. Se detuvo y enseguida se volvió hacia su invitado. “¿Sabes, Venado? Hay algo de mí que no te he dicho. Detesto a los mentirosos. ¿Tú no me estás mintiendo, verdad?”

El invitado meneó lentamente la cabeza. Estaba completamente intrigado, pero a la vez aterrorizado. “No haría eso por nada del mundo, amigo.”

“Entonces,” continuó el Águila. “¿Por qué recibí la visita de tus achichinques hace cuatro días?”

Rolando Fieso se supo descubierto, y lo peor de todo, estaba desarmado. Su compañero se había retirado al baño dejándolo a su solitaria suerte con tres narcotraficantes de peligrosa reputación, y dos de ellos portando unos *AR-15*. Su boca se secó, y por el momento no supo que responder, mucho menos como actuar. No le quedó de otra que dejar todo en manos del destino, esperando que tuviese compasión de él.

*** CAPITULO CUATRO ***

En medio de rufianes

Sucedió algo increíble para el atemorizado oficial Fieso. Todo pasó en cuestión de segundos y tan rápido que ni él mismo se dio cuenta. El cuerpo del chaparro moreno entró abruptamente por el pasillo por un lado del líder estampándose contra un archivero de metal cayendo aparatosamente en el suelo.

Antes de que el famoso Águila pudiera reaccionar, el cañón de un arma se recargó en la cabellera contra su cráneo al mismo tiempo que el otro brazo lo rodeó por el cuello.

“Un movimiento en falso y te mueres Águila. Dile a tus socios que tiren sus armas,” dijo Magaña con voz fuerte y decidida.

Sin hablar, solo con señas, el Águila les indicó a sus compinches que obedecieran.

Entonces Aurelio Magaña se dirigió a su colega. “Recoge los rifles, pareja.”

Rolando tuvo que forzar su cuerpo para que lo obedeciera. Una vez que se agachó para hacer lo que se le pidió, dijo. “Ya me estabas preocupando, pareja.” Entonces recogió los AR-15, y cortó cartucho en uno de ellos dirigiéndolo hacia los guardaespaldas. Enseguida le arrojó el otro a su compañero quien guardó el arma en su cintura aferrando con fuerza el rifle.

Batallaron un poco en despertar al golpeado chaparro de sobrenombre Kilo, pero en cuanto pudieron hacerlo, lo ataron de las manos como a los otros con esposas de plástico. Entonces los policías guiaron al grupo hacia la salida deteniéndose a la puerta del edificio.

Aurelio, el hombre de la barba partida, tenía un sentido de percepción muy definido. Claro, los años dentro de la fuerza policiaca le habían dado esa experiencia. Entonces se volvió con su compañero y le dijo en voz baja. “Creo que vamos a tener que llamar por refuerzos, pareja.”

“Voy al auto,” respondió Fieso.

“¡Espera! Presiento que eso sería una mala idea. No está muy aluzado que digamos.” Enseguida, Magaña se dirigió hacia los malhechores. “Contra la pared. Andando, y siéntense en el suelo,” ordenó el federal.

“¿Qué sugieres que hagamos?” Susurró Rolando para que los que estaban en el suelo no escucharan.

“No creo que sea buena idea separarnos. Puede haber alguien más esperando afuera, oculto en la oscuridad. Águila no es de los que se rinden tan fácilmente.”

“Tal vez a mí me va a ser útil también la noche. Además, pienso que tomamos a Águila por sorpresa, pareja. No creo que haya tenido tiempo de organizar una defensa.”

“No lo sé.”

“Además, no nos podemos quedar aquí esperando. Alguien tiene que llamar por refuerzos y los radios están dentro del auto. Voy a hacerlo, compañero.”

“No me gustaría que tomaras ese riesgo, Ando.”

“¿Más del que me hiciste tomar allá adentro?”

“Bueno, lo siento, pero eso lo tenía controlado. Ya había anticipado lo por venir.”

“Tienes razón, todo salió bien, pero cuando esto termine me vas a explicar el por qué lo hiciste de esa manera. Sabías que el Águila no me creería y aún así decidiste hacerlo.”

“¿Si te lo hubiese dicho con anticipación todo lo que ocurriría hubieras aceptado hacer el papel?”

Rolando lo miro concienzudamente, y enseguida sonrió. “Eres el compañero más tremendo que he tenido, Aure. Siempre piensas en todos los detalles. Ahora te toca cuidar a esos pillos mientras voy al auto a llamar. Esa es mi decisión, y no hay pero que valga.”

Aurelio lo pensó un instante. “Mmm. De acuerdo, pero... cuídate. Cuídate mucho.”

“Tú también.”

“Cuidaré tu espalda.”

“¿Y quién cuidará la tuya?”

Aurelio sonrió.

El federal de piel morena, tomando uno de los rifles, se dirigió con toda cautela al auto en la siguiente esquina. Se sintió seguro cobijado con las sombras de la noche. Magaña logró ver muy apenas la silueta de su compañero desde donde se encontraba, pero tenía que vigilar también a sus cautivos.

Al llegar al vehículo, Fieso abrió la puerta del chofer e introdujo su cuerpo dejando los pies afuera. Se agachó y debajo del asiento obtuvo la radio, y enseguida llamó. Apenas hubo dado su ubicación cuando de súbito, una vagoneta vieja Grand Torino café que se desplazaba por la misma calle donde él se encontraba, se detuvo a la par del vehículo policíaco y de ambas ventanillas se asomaron dos metralletas *Uzis* de 9mm. Las balas llovieron en ráfagas sobre el auto negro perforando todo a su paso.

“¡ANDOOOOO!” Gritó con fuerza Aurelio dando un paso al frente deteniéndose en el umbral de la puerta apuntando el rifle.

De inmediato, el Torino se retiró despavorido de la escena dejando a Magaña apuntando al vacío. De pronto, los dos guardaespaldas se las arreglaron para incorporarse, aprovechando que sus manos estaban atadas al frente y uno de ellos, el más alto, se lanzó contra el federal tomándolo por sorpresa. El *AR-15* cayó al suelo y de inmediato el otro guardaespaldas se lanzó por él.

De un movimiento veloz, imprevisto, y ensayado, el oficial utilizó su codo para golpear el rostro del hombre encima de él lanzándolo hacia su izquierda, y con su derecha tomó el arma que portaba en su cintura, y antes de que el guardaespaldas gordo presionara el gatillo del *AR-15*, el federal detonó en dos ocasiones con tal precisión, que una bala atravesó el cuello de su oponente y la otra se incrustó en la frente haciéndolo doblar las rodillas al instante para que finalmente cayera de bruces al suelo.

Enseguida, Aurelio giró su mano hacia el otro guardaespaldas al lado de él. “Un movimiento más y te mueres, desgraciado,” dijo amenazadoramente el federal.

Aprovechando la conmoción y la poca visibilidad de la noche, el Águila, quien estaba sin camisa y vestía pantalones con tirantes, se levantó e intentó escabullirse hacia el interior del edificio. Magaña, quien a pesar de todo, no perdió su concentración de los hechos, al percatarse del hombre huyendo, apuntó su arma disparando a la oscuridad frente a él en tres ocasiones. De inmediato se escuchó un gemido y el sonido sordo de un cuerpo caer al suelo. Aurelio Magaña supo que el Águila no había muerto pues sus disparos los hizo calculadoramente en dirección de las piernas.

Alrededor de ocho vehículos de emergencia acudieron a la escena del crimen desplegando sus códigos iluminando el área como un caleidoscopio en movimiento. Cerca de veinte personas entre oficiales y paramédicos deambulaban de un lado para el otro en cumplimiento de su deber.

Magaña estaba a un paso del Ford negro dando espacio a que los hombres de rescate revisaran a su colega ensangrentado. “¿Cómo está mi compañero?” Preguntó Aurelio con nerviosismo notorio, como esperando lo peor. Su corazón latía con fuerza desmedida que hasta sintió que le faltaba oxígeno.

“Aún respira, pero tenemos que trasladarlo de inmediato al hospital,” informó el de la ambulancia. Enseguida se incorporó quedando de frente al federal. Sus guantes estaban empapados de plasma roja. “Su compañero recibió por lo menos ocho disparos. Yo diría que es un milagro que aún esté con vida.” Esas palabras resonaron en la mente de oficial federal como flechas atravesando su cerebro.

Otros paramédicos llegaron y subieron el cuerpo de Rolando Fieso a una camilla *Xonit* trasladándolo rápidamente a una de las ambulancias.

Aurelio los siguió al lado de la camilla hasta el vehículo de rescate, el cual partió del lugar a toda velocidad perdiéndose en la oscuridad de la noche. El hombre de la barba partida se quedó inmóvil observando a la van alejarse, forzando su vista como no queriéndolos dejar de ver.

Un chirrido de ruedas hizo que Aurelio girara su cuerpo sobre sus talones. Era su jefe, el capitán Camilo Lemus, quien se bajó de su Capris gris mostrando su corpulento cuerpo de 1.80 de estatura, y a pesar de tener el cráneo pelón y la frente arrugada, era de buen aspecto. Vestía su tradicional camisa blanca con saco deportivo gris carbonado y pantalón de vestir *Calvin Klein* del mismo tono que el saco.

“¡Hey, Aure!” Llamó el mandamás caminando de prisa.

Aurelio recargó su cuerpo en uno de los auto-patrullas estacionados.

“¿Cómo está Ando?” Preguntó el capitán llegando con su subalterno.

Aurelio meneó lentamente la cabeza sin despejarse del vehículo. “No lo sé. Se lo acaban de llevar. Todo esto es mi culpa, jefe,” dijo Magaña con voz vacía.

“Debes de ser fuerte, Aure. Nuestro compañero está en buenas manos. ¿Cómo estás tú?”

“Lo dejé ir solo a llamar por ayuda... recibió como... me dijeron que recibió ocho impactos de bala.”

El jefe entendió los sentimientos de Magaña hacia su compañero. “No sabías que eso iba suceder. Nadie lo imaginó. Ni siquiera Ando pudo adivinarlo.”

“Yo intuí el peligro. Debí haber seguido mi instinto. Debí haber sido yo quien fuera al auto a llamar por ayuda.”

“No seas duro contigo, Aure. Mira, por qué no vas a descansar. Tómate unos días y luego hablamos.”

Aurelio lo miró fijamente a los ojos. “Voy a ir al hospital. Necesito saber cómo está mi compañero. Mañana le entrego mi reporte, capitán,” dijo él con voz un tanto seria, y desganada. Enseguida se dirigió con pasos vagos hacia un auto-patrulla.

El capitán se quedó en silencio viendo a su colaborador alejarse. Sintió mucha compasión por él, pues sabía que siempre se tomaba las cosas muy a pecho.

Jueves 9:36am. Tampico, Tamaulipas. Laboratorios “RATYMAT”. Las puertas Francesas de la sala de conferencias en el tercer piso se abrieron abruptamente. Se estaba llevando a cabo una reunión entre los altos accionistas de la corporación, los laboratorios RATYMAT. Esa empresa se dedica a manufacturar, entre otros productos, veneno para roedores de todo tipo, como su producto de cabecera.

El conductor de la reunión guardó silencio, y todos los presentes dirigieron abruptamente sus miradas desconcertadas hacia la entrada. Incluso, algunos se estremecieron dando un sobresalto en sus asientos.

Una mujer de corta estatura, de caderas anchas, y de lentes claros con aro de color verde, entró con paso aprisa deteniéndose a la orilla de la gran mesa ovalada de madera de pino barnizada en un tono oscuro brillante. “Lo siento, señor, pero...” dijo la mujer dirigiéndose al de mayor jerarquía en el lugar. “Es mejor que venga a ver esto.”

Alexander Grión, fundador de los laboratorios RATYMAT se disculpó del grupo pidiéndole a su asistente que continuara con la discusión.

Camino a la enfermería en el segundo piso del edificio, el jefe trató de entender la urgencia que le había causado la interrupción de su charla con los accionistas de la empresa. Él estaba tratando de persuadir a los socios a invertir una fuerte cantidad de dinero para proyectos a futuro.

A pesar de su insistencia hacia la mujer que lo guiaba, el hombre de 47 años de edad, de boca grande, y de nariz curva no consiguió mucha información. La dama solo le dijo. “Señor, el doctor me encargó que lo consiguiera urgentemente no importando lo que estuviera haciendo.” Al parecer el doctor tenía voz, y bastante voto en esa compañía.

Minutos después, el fundador y la mujer de caderas anchas caminaron por el pasillo dirigiéndose a la enfermería donde en el sillón de piel café, afuera en el pasillo, esperaba un hombre de corta estatura, ropas sucias y rasgadas, y sin rasurarse, por lo menos hacía cuatro días.

El señor Grión lo reconoció al instante, y una extraña sensación cubrió todo su ser. “Carmelo... ¿Qué sucedió?” Dijo acercándose de prisa al hombre sucio.

Carmelo Soto se incorporó de inmediato. Su cuerpo se tambaleó y su voz sonó seca al hablar. “Señor... es Fili. No sé... no sé qué sucedió,” logró decir el hombre tambaleante.

“Esperen aquí,” ordenó el jefe y fundador, y enseguida entró al cuarto de enfermería.

El doctor Georgino Durán revisaba el cuerpo de Filiberto Abundis tendido en una cama de quirófano completamente desnudo, solamente una toalla le cubría sus partes nobles.

El doctor dejó lo que estaba haciendo y depositando una lámpara con luz de neón azul en una mesa metálica adjunta a la plancha se dirigió al recién llegado. “Señor Grión,” comenzó diciendo el hombre de medicina con voz confusa. “En mis veintidós años sirviendo en esta institución, he atendido a un sinnúmero de empleados, y muchos de ellos con síntomas de envenenamientos fuertes. Algunos han sido bastante extraños, debo admitirlo. Sin embargo, este hombre.” El doctor observó el expediente. “Filiberto Abundis, presenta señales de envenenamiento, pero... no tengo idea de qué tipo, o clase.”

El jefe se acercó a la plancha. Había una especie de saliva negra brotando de la boca de Abundis, y en algunas partes del pecho y vientre la piel se veía rasgada, como si se hubiese derretido. “¿Qué... que provocó eso en la piel de él, doctor?”

“Aún estoy efectuando pruebas en el cuerpo, señor Grión, pero aparentemente la piel fue expuesta al contacto... de una especie de ácido,” declaró el doctor.

“¿Ácido?” Repitió Alexander con verdadera incertidumbre.

“Lo mejor será preguntarle al compañero de Abundis,” sugirió el hombre de medicina.

“¿Parece que el cuerpo está sin vida, o me equivoco?” Inquirió Alexander.

“Según su amigo allá afuera, hoy en la mañana, Filiberto estaba vivo, pero cuando yo lo recibí ya había expirado.

Sin decir palabra alguna, el señor Grión abandonó la enfermería reuniéndose con los dos en el sillón. “Carmelo... ¿Qué?... ¿Qué sucedió?”

El subalterno lo miró con ojos cansados. “No estoy seguro, señor,” su voz temblaba, como si sufriese de escalofrío. “Yo estaba esperando... en el barco, tal y como se me ordenó. Al atardecer... esperaba ver de regreso a los cuatro... pero... pero solo llegó Fili. Le pregunté que si donde... donde estaban los demás, y... y con voz muy agitada me dijo... que... que encendiera el bote y... y que nos largáramos cuanto antes de... de ese maldito lugar... -.”

“¿Nunca te dijo qué le sucedió al resto del grupo?” Interrumpió el jefe con la voz más tranquila que pudo encontrar.

Los ojos del subalterno se abrieron aún más. “Dijo... dijo que...” Soto se quedó pensativo.

“¿Qué, Carmelo!” La voz del jefe subió de tono.

“Es... es que no tuvo sentido se... señor. Dijo que los otros... no... no pudieron hacerla. Que... que era enorme... y extremadamente... fuerte-.”

“¿Qué era fuerte y enorme, Carmelo? No entiendo.” En esa ocasión, Alexander lo tomó de los hombros estrujándolo un poco.

La mirada de Carmelo Soto estaba perdida en el limbo, como si eso le trajera muy malos recuerdos. “Yo tampoco entendí, señor. Tuve que darle... le di un par de cachetadas para sacarlo de cualquier trauma o trance en que se encontrara, pero... pero no tuve éxito.”

“¿Qué es eso que tiene Abundis en el pecho, vientre, y boca? ¿Cuándo llegó al barco... sangraba?”

“Se quejó de un golpe en el cráneo y vientre. Sus codos y manos estaban manchadas de sangre... creo que se raspó arrastrándose en el suelo... o algo así. Al amanecer, cuando revisé de nuevo a Fili... tenía... tenía sangre en... en la boca. Bueno, eso creí a primera vista pero... pero luego me di cuenta de que era un líquido espeso de color negro y muy resbaloso, como saliva. Entonces... Fili se quejó del estómago,” Explicó Soto lo mejor que pudo.

“Dime, Carmelo. ¿Filiberto te comentó algo en cuanto a la misión? ¿Te dijo algo referente a los de FACE?”

El hombre de corta estatura tembló y tragó saliva. “Le... le pregunté si habían tenido éxito pero... pero me contestó que todo... que todo se acabó, que... que FACE no estaría en posición de explicarlo. Le volví a insistir en cuanto al resto del grupo y... y solo me dijo... ‘*Yo soy el resto del grupo... de hecho... yo soy el resto de... de todos en este lugar*’ y enseguida agachó la cabeza susurrando algo referente a alguien que como él... alguien que aparentemente sobrevivió, o al menos eso entendí.”

“¿Quién es ese sobreviviente? ¿Es de los nuestros?”

“No tuvo sentido lo que me dijo, señor.”

“Repítelo tal y como lo escuchaste. Yo seré quien decida si tiene sentido o no.”

“Dijo algo en cuanto a un ‘barco’. Mencionó también que ‘*alguien cayó en ese barco.*’ Luego habló entre balbuceos diciendo que ‘*él la golpeó*’ y a pesar de mi insistencia, no me especificó quien. Solo me dijo... ‘*Yo disparé, pero fue inútil*’. Entonces le pregunté si esa persona estaba viva y él me dijo que no estaba seguro. Dijo que tuvo que nadar para escapar de ahí, para proteger su vida.”

“¿Protegerse de qué? ¿O de quien?”

“Se lo pregunté, pero antes de contestarme... comenzó a temblar mucho y enseguida perdió el conocimiento.”

*** CAPITULO CINCO ***

Leonard Cole

Veracruz, Veracruz. 8:46pm. El barco de investigación DEEP BLUE FILO había vuelto al puerto en su segundo recorrido semanal. Tenía un horario que cumplir en su investigación y normalmente cargaban combustible en ese puerto. Lo hacían por lo regular los lunes y jueves a las ocho de la noche.

Leonard Cole le había pedido permiso a su capitán de salir y visitar el puerto. De cualquier manera, el buque zarparía hasta el día siguiente a eso de las diez de la mañana.

El marinero de 30 años era un personaje carismático, de cuerpo delgado pero ejercitado. Tenía la piel blanca y los ojos bicolors, algo que atraía a las mujeres que lo notaban ya que un ojo era de color verdoso oscuro y el otro color miel.

Leonard llegó al Hospital Regional de Veracruz. No pudo quitar de su mente a la chica que había rescatado el lunes pasado. Tal vez había sido la impresión del operativo de rescate lo cual para él fue extremadamente emocionante, o probablemente esa mujer lo había dejado impresionado con tanta belleza. Lo cierto es que había nacido un buen sentimiento en su corazón debido a la hermosura de esa naufraga... y de todo lo demás. Según él, solo deseaba asegurarse de que la bella mujer estuviese bien de salud.

Cole se aproximó al escritorio de enfermeras y preguntó por el doctor en turno a cargo de la dama. Minutos más tarde, un doctor de baja estatura, de cuerpo relleno, con cabello cubriéndole solo alrededor de la cabeza y lo demás calvo, de lentes, y vistiendo una bata blanca, llegó hasta donde se encontraba Leonard. Con labios sonrientes, el doctor saludó. “Señor Cole... ¿Habla español?” Preguntó extendiendo su mano.

“Sí, doctor,” contestó en español muy fluido el visitante estrechando la mano del doctor.

“Me informaron que usted tiene interés en saber el progreso de la señorita María equis tres. Soy el doctor Pedrosa.”

“¿María equis tres? ¿Así se llama?”

“No. Así le pusimos al desconocer su identidad.”

“¡Ah! Entiendo. ¿Nadie ha venido a reclamarla?”

“Señor, Cole. Es la política de este hospital el solo revelar el estado y datos de los pacientes a los familiares.”

“¡Oh! Lo siento. Tiene sentido eso,” dijo Leonard con voz apagada.

El doctor continuó diciendo. “Pero debido a que nadie ha venido a identificarla y de que según se me informó, usted fue quien la rescató. No veo el por qué no podamos hablar de ella un poco más.”

“Se lo agradezco, doctor. ¿Qué me puede decir de ella?”

“Mmm. De su persona, no mucho. Aún no sabemos su nombre, de donde es, o donde trabaja. Como sabe, no se encontró nada en ella que la identificara. Sin embargo, recibimos una llamada de la policía federal preguntando el estado de la dama.”

“¿Qué querían saber? ¿Se le acusa de algo?” Preguntó con preocupación Leonard.

“Si usted rescato la mujer, debió de haberse dado cuenta de que había sangre en el barco donde la encontraron, y según pruebas forenses, la sangre no le pertenece a ella. Se sospecha de un posible homicidio, pero sin cuerpo, arma, o móvil, será difícil comprobarlo.”

“Los federales nos pidieron correr la foto de ella en los periódicos locales lo cual ya hicimos. Hoy fue el primer día que los obituarios salieron a la luz y en ellos se pide al público ayudar a identificarla. Si ella es de por aquí... bueno, esperemos tener respuesta muy pronto.”

“¿El estado físico de ella, doctor? ¿Cómo se encuentra?”

“Bueno, señor Cole. Me temo que no tengo noticias alentadoras. Ella sufrió una contusión en la parte temporal del cráneo. Creemos que eso causó su estado de coma en que se encuentra.”

“¿Coma? ¿Contusión?” Repitió en voz baja, pero con mucha preocupación Leonard tratando de digerir lo escuchado.

El doctor se percató de ello y explicó. “Se trata de un golpe fuerte en el cráneo junto a la sien, mas no descartamos la idea de alguna fuerte impresión que haya recibido, como... una escena de violencia,

eso basados en las evidencias en el barco donde la encontraron. Un estado de coma es impredecible, y no creemos que se trate de un coma permanente ya que sus signos vitales responden favorablemente. Bien puede despertar en unas horas, o en semanas, y de ser así, será trasladada a cuidado intensivo en el tercer piso.”

“Entiendo. Según su opinión, doctor. ¿El traje que la dama vestía es... qué le sugiere?”

“Supongo que ayudará a saber donde trabajaba. Se usa en laboratorios. Especialmente donde se manejan gases o productos tóxicos.”

“¿Científica?”

“Es una posibilidad, o sencillamente era empleada de un laboratorio.”

“¿Pudieron descifrar el logo del traje?”

“Los federales quedaron de enviar a alguien para investigar más a fondo, pero por algún motivo no lo han hecho. Ya sabe cómo es eso, siempre están muy ocupados. Sin embargo, las únicas letras que se distinguen en la etiqueta son—.”

“La segunda y la cuarta, las letras A y E,” interrumpió Cole completando la frase.

“Por lo visto usted ya la vio.”

“Si, doctor, y gracias por su ayuda. ¿Puedo visitar a María equis tres?”

“Solo por unos minutos. Una enfermera lo guiará enseguida,” ofreció el doctor Pedrosa.

La dama lucía serena, dormida, y se veía tan plácida, que todo el ambiente estaba impregnado de ese sosiego. El cuarto era pequeño. Una cama eléctrica pegada a la pared del fondo en el centro ocupaba casi todo el espacio. Había aparatos de medición del lado izquierdo y un par de bolsas elevadas enganchadas colgando de un tubo porta guía de suero del lado derecho. Un lavamanos y un cuarto de baño ocupaban el resto del espacio, dejando lugar solo para dos o tres personas de pie visitando a la paciente. Tubos de plástico y electrodos corrían de las máquinas y bolsas colgadas con líquidos todos ellos terminando en diferentes partes del frágil cuerpo de la dama. También había alambres con terminales en forma de ventosas conectados en el cráneo y frente de la mujer.

Leonard Cole era el único en el cuarto visitando a la paciente. Ahí adentro, el sonido de los aparatos de medición se escuchaba con fuerza. Sin embargo, él se concentró en la mujer tendida en la cama. Observo cómo el pecho de ella se levantaba con cada respiro, y los labios entreabiertos mostraron parcialmente la blancura y recta forma de su dentadura.

El visitante norteamericano se aproximó a la cama, y con la parte externa de sus dedos rozó suavemente el cabello negro de la chica. Enseguida, tiernamente Cole le tomó la mano la cual tenía un Oxímetro en el dedo índice. Frotó la mano con su pulgar mientras sus ojos la recorrieron de pies a cabeza sintiendo mucha compasión y dolor dentro de él.

La puerta se abrió de súbito, y Gutiérrez pegó un sobresalto soltando la mano de la paciente.

Una enfermera de edad entró a la habitación mostrando una sonrisa en sus labios. “¡Oh! Disculpe, señor. No pensé que hubiera alguien aquí,” dijo la uniformada como si nada, continuando con su labor.

“No tenga cuidado,” respondió él con voz baja por miedo de molestar a su bella durmiente.

“¿Es usted familiar de la chica?” Preguntó la enfermera.

Cole dejó clavada su vista en la mujer en la cama. “No. Ayudé en su rescate.”

“¿Su héroe, eh?”

“Solo desearía verla despierta. Necesito escuchar su voz,” dijo él volteándose con la enfermera.

“Apuesto a que tiene una voz celestial.”

“Apuesto a que sí.”

Viernes. México, Distrito Federal. 10:00am. El señor Humberto Vizcaíno, un hombre de complexión mediana y de gran estatura. De cabello entrecano en sus 42 años de vida, y de cejas pobladas, se encontraba de pie observando un pizarrón blanco. Él era el presidente de los laboratorios FACE (Facultad de Ciencias Experimentales). Una de las compañías más destacadas en el país. Encargada principalmente de estudiar, probar, y en muchos de los casos, actualizar todo tipo de productos caseros que tuvieran químicos y fueran potencialmente nocivos para la salud.

FACE determinaba, luego de un extenso estudio y varios experimentos, si ese producto debería ser retirado del mercado. También FACE se dedicaba a hacer investigaciones de nuevos productos los cuales reemplazaban a los existentes. Estos eran productos innovadores, más poderosos, y en mucho de los casos, más económicos. Otra contingencia que seguían los de FACE era ayudar al país con problemas de plagas en todas sus formas. Ya fuese de insectos, roedores, o animales domésticos.

El edificio de ocho pisos de la facultad era una verdadera obra de arte. Estaba formado con pilares de mármol y pisos de granito en varios de sus niveles dándole un toque exquisito a la construcción.

El primer nivel estaba destinado para la recepción y varios salones de exposiciones para que el público disfrutara de todos los adelantos científicos. Las oficinas administrativas estaban en el segundo piso. El tercero lo habían diseñado entre otras funciones, para salones de clase y entretenimiento del personal. Algo así como un nivel de aprendizaje. Manufacturación se encontraba en el cuarto nivel. Ahí había toda clase de maquinaria, mesas de trabajo elegantísimas, y equipos de alta tecnología adornando todo el lugar. Al entrar a ese nivel, todo el mundo se transformaba como si se estuviera viviendo en el futuro. El quinto piso estaba destinado a fiestas y celebraciones. De hecho, ese nivel era uno de los recintos más frecuentados ya que muy seguido se lograba una meta, se inventaba un producto, o simplemente sus ventas estaban por los cielos. Al piso seis lo denominaban nivel cero. Ahí se efectuaban todas las pruebas de los productos foráneos o domésticos. Era sin lugar a dudas el nivel más ruidoso del edificio entero sin contar los días de fiesta. Era el lugar, sin lugar a dudas donde más presión se sentía, pero tal vez uno de los más satisfactorios del edificio entero. Como contraste seguía el nivel siete, considerado el de mayor importancia, el corazón de todo el edificio. Era donde estaba localizado el extenso y carísimo laboratorio. Cabe mencionar que la alta tecnología era opacada por las piezas de arte de la construcción que lucían en todos los rincones. Ahí se mezcla, se combina, y se fusiona todo para lograr cada objetivo. El nivel superior, con vista panorámica hacia la ciudad, se había elegido para el museo. Todos los productos desde que se inicio la compañía en 1963, eran expuestos en repisas de cristal con fondos de plata y marcos chapeados en oro. Muchos visitantes quedaban impactados con la belleza y calidad de los productos y regresaban en repetidas ocasiones. Al momento, FACE tenía tres proyectos en desarrollo. Ahí es donde comienza a florecer esta historia.

Los ojos oscuros bajo esas cejas pobladas del señor Vizcaíno observaban detenidamente la gráfica en el pizarrón blanco. Su mano derecha sobaba con lentitud su quijada y su rostro parecía estar en trance tratando de adivinar el manifiesto desplegado en la pizarra

Un hombre delgado, de lentes café *BlueBlockers*, y de una boca de buen tamaño se detuvo al lado del presidente. “¿Todo bien, señor?” Dijo el recién llegado.

El señor Vizcaíno desvió su vista del pizarrón hacia el hombre junto a él y como siempre, lleno de entusiasmo pero con seriedad profesional, respondió. “Buenos días Julio. Sí. Supongo que sí. ¿Cómo van los proyectos?”

Julio Briones era el líder o jefe del departamento de operaciones en las industrias FACE, y era parte de su responsabilidad el de estar enterado del progreso y ejecución de todos los proyectos fuera y dentro del edificio. “Permítame engalanarlo con los adelantos hasta hace una semana, señor. Aunque aún estamos esperando el reporte de hoy a las once.” La manera de hablar del líder de operaciones era peculiar y pomposa. Menos mal que eso le agradaba al presidente. “El proyecto de aguas negras en Chiapas,” continuó el de los lentes *BlueBlockers*, “se encuentra exitosamente en su parte final. La producción masiva de la bacteria fue esencial en el proceso, aunque debemos darle el debido crédito a la genial idea de los cedazos o filtros ‘electrolacéricos’ que destruyen todo indicio de fragmentos microscópicos en cualquiera de sus formas, microbio, o suciedad que no sea parte de la clara y lúcida fórmula H₂O.”

“Es grato saberlo, Julio. ¿Eso quiere decir que van adelantados según lo planeado?” El señor Vizcaíno siempre que entabla una conversación con Julio Briones, se esfuerza por imitar la forma pomposa de hablar. Como se dice vulgarmente “echarle mucha crema a sus tacos,” pero él mismo sabía que tenía mucho que aprender.

“Con toda seguridad, señor,” respondió Julio. “De hecho, voy a involucrar a mi persona para asegurarme de que los resultados sean favorables. Ahora, tengo que hacer una pausa para poder llenar de aire mis pulmones y hablar de nuestro proyecto maravilla en Isla Tres Cruces.”

Briones respiró profundamente y enseguida exhaló llevándose la mano al vientre. Dio un paso hacia la pizarra, se dio la media vuelta, y tomando una batuta telescópica del bolsillo de su bata de laboratorio, la dirigió a la segunda gráfica. “Señor Vizcaíno, me complazco en presentarle el proyecto MORTORAT. En otras palabras, la eliminación masiva de la plaga de roedores.

“La semana pasada estaban por efectuar la mutación del ADN y hacer las pruebas experimentales necesarias. Precisamente hoy nos van a reportar el anticipado resultado que seguramente habrá sido todo un éxito. Tenemos mucha convicción en que los frutos serán rotundamente positivos-.”

“¿Qué me puedes reportar en cuanto a la oposición?” Interrumpió el del cabello entrecano.

“Al parecer existe mucha codicia, señor. Siempre habrá quien se oponga y nos quiera hacer la vida de cuadritos, pero puede más la astucia que la envidia. Por ello decidimos mover el proyecto a esa localidad, ¿Recuerda? De hecho, ya que lo menciona, también el proyecto FAUNALIMENTUS lo pusimos en isla Magdalena para protegernos mejor.

“Los de *Tres Cruces* aún están en la segunda fase, pero los números hasta ahora arrojados son muy prometedores.”

“No hay duda que lo que realmente es bastante prometedor, es el escuchar buenas noticias, Julio,” dijo el jefe con gusto en su voz.

“Orgullosa de ser parte de ese evento en su vida, señor,” complementó el hombre de la boca grande. Los dos personajes voltearon a su espalda siguiendo el sonido de la puerta.

“Hola doctora Hinojos,” saludó Briones con una gran sonrisa en sus labios al ver a la mujer de medicina caminar hacia ellos.

Myrella Hinojos era una dama de grandes facultades tanto físicas como mentales. Con ojos de un gris claro que se asemejaban a un firmamento brizado y tranquilo. Tenía una estatura de 1.73 y era de complexión delgada. En contraste con el hombre que la observaba, la boca de ella era exquisita, pequeña, y bien delineada. Finalmente, un toque fino a su rostro se lo daba su larga nariz finita.

“Buenos días, Julio. Buenos días, señor Vizcaíno,” saludó la mujer de los ojos grises llegando a donde los varones se encontraban cargando unas hojas en una tabla de *fibracel* agarra papel en su derecha y un bolígrafo en su izquierda.

“Buenos días, doctora,” devolvió el saludo el presidente de la compañía. “¿Son esos los reportes?” Dijo señalando hacia las hojas.

“Así es, señor Vizcaíno. Chiapas y Magdalena están a tiempo y progresando, pero...” la mujer dio un respiro lleno de nerviosismo. “Tres Cruces no reportó.”

La mirada de Humberto se aguzó. “¿Qué significa eso, doctora?”

“Al principio pensamos que se trató de una falla en las líneas de comunicación, o un posible corto eléctrico en el generador, o ambas cosas, pero los técnicos realizaron pruebas y todas concluyen en lo mismo, señor. No podemos comunicarnos con el sector dos. Es... es como si el lugar estuviese abandonado,” declaró Myrella.

“Pero eso no puede ser. ¿Ustedes trataron personalmente de comunicarse para allá?” La voz del presidente se agravó.

“De varias maneras, señor, pero todo fue en vano,” replicó ella.

“¿Qué hay del canal de emergencia, doctora Hinojos?” Irrumpió Julio Briones.

“Se encuentra abierto. Solo es el de una cámara de seguridad. No es muy buena la imagen ya que el cristal está manchado y aparentemente roto, y... bueno, el centro de comunicaciones se ve abandonado.”

El presidente se dirigió al hombre de lentes. “¿Crees que esto se deba a un sabotaje?”

“Tenemos todas las medidas de seguridad necesarias. Además, el personal fue seleccionado por nosotros mismos. Incluso, investigamos los antecedentes de los empleados, y todo estuvo bien. Verdaderamente no lo entiendo.”

“Salgado, Vera, y Godínez. ¿Qué hay de ellos?”

“A decir verdad,” comenzó diciendo la doctora, pero se detuvo para tragar saliva en su garganta seca. “No hay noticias ni rastro de ellos.”

“Envíen a Marco y a Dionisio lo antes posible para investigar lo sucedido y que reporten al llegar,” ordenó el presidente de la compañía.

“Señor Vizcaíno,” irrumpió Hinojos. “Respeto su decisión. Siempre lo he hecho, pero... ¿No creé que este operativo vaya a levantar sospechas tanto en foráneos, domésticos, así como en los medios de comunicación? Podría dañar la reputación de la empresa, señor.”

El señor Vizcaíno volteó a ver al hombre a su izquierda. “¿Qué piensas, Julio?”

“Me temo que Myre- digo, la doctora Hinojos tiene razón. Especialmente si la competencia se entera. Doctora. ¿Ya activaron el código rojo?”

“No. Estábamos esperando hablar con usted, señor Vizcaíno. Además, con el canal de emergencia abierto y la cámara funcionando podemos estar al tanto de lo que está sucediendo. Podemos vigilar las 24 horas. Mientras tanto, utilizaremos todos los medios posibles. Es decir, la red, celulares, y radios. Necesitamos hacer contacto con ellos,” informo Myrella.

“Me parece un plan bien ordenado, señor. De verdad, me atrevo a recomendar que esperemos un poco.”

“Veinticuatro horas,” dijo el presidente observando su reloj. “A las Once de mañana sábado si no hay respuestas afirmativas y prometedoras, envíen a los muchachos.” Una vez dicho eso, Humberto se dirigió a la salida deteniéndose en el umbral de la puerta. Se viró quedando de frente a la pareja y dijo con desánimo marcado. “Ya se me estaba haciendo muy bueno el día para que fuera verdad.” Y enseguida continuó su camino.